

HACE bien pocos años —era el tiempo de los campos de concentración nazis—, un pastor protestante alemán —Dietrich Bonhoeffer— proclamaba en sus escritos de prisión, siendo víctima de la persecución hitleriana, que «acabamos de salir definitivamente de un mundo que era religioso, y ahora lo que hace falta es hablar de Dios de un modo no-religioso».

Esto lo escribió, por primera vez, hace veinticinco años, ese teólogo evangélico que pasó un tiempo como pastor en Barcelona —al final de la dictadura de Primo de Rivera—, y después enseñó en la Universidad de Berlín, hasta que las autoridades nacional-socialistas le prohibieron continuar su docencia en 1936.

El 5 de abril de 1943 fue arrestado por la *Gestapo*, siendo hecho prisionero en Buchenwald y después en Schönberg y Flossenbürg. El 9 de abril de 1945, casi dos años después, moría ahorcado en este pintoresco lugar, tras un sermón donde había explicado a los prisioneros «el espíritu que debían tener durante la prisión, y los pensamientos y resoluciones que era necesario poseer».

Este hombre —sencillo y heroico al mismo tiempo— fue quien descubrió la grave revolución religiosa que se estaba produciendo en nuestro tiempo. La misma que —radicalizándola— han analizado esos teólogos protestantes norteamericanos que propugnan que la imagen de Dios —del Dios tradicional, pero no la idea del verdadero— ha muerto, o debe morir.

Por desgracia, Bonhoeffer no aclaró lo que quería decir. Y, sin embargo, tenemos una base para entenderlo bien —como ocurre con la desgraciada frase de la obediencia ciega de San Ignacio— viendo cómo practicó su idea a través de su vida. Porque Bonhoeffer fue un gran cristiano, y un verdadero pastor espiritual, al mismo tiempo que un teólogo preocupado por la ética y por el sentido comunitario en la Iglesia.

Quizá lo que quería decir —como opina el Padre Congar, O. P.— es que no se puede hablar al hombre de hoy de Dios, sin referirlo al hombre mismo: igual que hace la Biblia, que jamás habla de Dios sin hablar también del ser humano, y pedirle que sea comprometido, entregado, valeroso, apreciador del mundo y de sus cosas, preocupado por el futuro de la humanidad, como lo fue el Dios verdadero y no el de pacotilla de muchos que se dicen cristianos. En pocas palabras: que la religiosidad en el vacío, por elevada que sea, no es nada. Y que sólo se justifica si es expresión, y ayuda, para amar más a los hombres. No a un hombre abstracto, querido con un amor frío, de esa benevolencia sin calor ni compromiso que enseñan algunos moralistas. Sino un hombre concreto, el de nuestro tiempo, amado con visión de largo alcance. Con un amor que procura conseguir la justicia en este mundo; y así es como todos podrán comprender la justicia del otro mundo —del más allá—, y no al revés, hipnotizando a los hombres con el bálsamo religioso, y se contenten viviendo sin justicia.

Se trata de que hablemos menos de la otra vida como escape de ésta, y que nos comprometamos más en la marcha de este mundo, porque este mundo es preanuncio al que venga definitivamente. Si es hoy un valle de lágrimas, hay que hacer que mañana no lo sea, y así verán los hombres encarnada la justicia y la misericordia de Dios en las acciones de los que se llaman cristianos, y podrán creer en Dios.

Se trata de que lleguemos a pensar y actuar siguiendo lo que dijo San Agustín hace muchos siglos: «El amor es la única señal que distingue a los hijos de Dios de los hijos del diablo. Porque, aunque graben en sus frentes el signo de la Cruz, aunque reciban el bautismo y entren en la Iglesia, levanten sus paredes y respondan a todo *amén* o canten el *aleluya*, el amor es siempre la característica cristiana. Los que tienen amor han nacido de Dios; los que no lo tienen no han nacido. Este es el criterio importante para discernirlos, el decisivo. Aunque tengáis todas las demás cosas, si os falta ésta, las demás no servirán».

No son los actos de culto —misa, sacramentos, devociones— los que hacen al hombre católico, sino la caridad, el amor a los demás, porque «Dios no nos manda otra cosa, sino que nos amemos los unos a los otros» (San Agustín). Y esos actos de culto vienen justificados —si se entienden bien— por el amor fraterno, y no al revés.

Precisamente —como decía San Juan— la piedra de toque para estar seguros de nuestra sinceridad religiosa es amar a los demás, defender sus derechos, buscar más justicia en el mundo, defender a los débiles que están aplastados por los poderosos, procurando unas estructuras de la sociedad más justas, y no sólo repartiendo limosnas o repitiendo novenas.

El día en que veamos en los cristianos —altos y bajos, dirigentes y dirigidos— encarnada esta Iglesia fermento del mundo —como pide el Concilio—, los de fuera empezarán a creer en ella, y los de dentro dejarán de sufrir las crisis que hoy viven.

Entonces, cuando no se multipliquen las leyes agobiantes, los preceptos sin sentido para los hombres de hoy, las exigencias externas; cuando no esté la institución sobre el hombre, cuando demos con nuestros hechos creer en la libertad, practicándola con los demás y no sólo exigiéndola para

¿SE PIERDE? LA RELIGIÓN?

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

nosotros. Cuando lo que predicamos sobre derechos humanos para los de fuera lo realicemos radicalmente en las estructuras humanas de nuestra Iglesia: tribunales, procedimientos, órganos directivos y enseñanza. Entonces, y sólo entonces, verán todos que la Iglesia es divina porque es humana, radicalmente humana, en una medida que sobrepasa las fuerzas de los hombres.

El Padre Davis —Charles Davis— es una triste víctima de ello: ha sido un hombre —un sacerdote— que ha sucumbido ante la abrumadora verdad de los defectos humanos de nuestra comunidad religiosa. Porque obsesionado por ellos no supo ver el esfuerzo que todos hacemos por superar esa religiosidad inhumana que nos invadió hasta hoy, y que criticó Bonhoeffer.

EN el periódico inglés agnóstico, de gran tirada, «*The Observer*», apareció el 1.º de enero de este año un sensacional artículo —demasiado sensacional quizá— titulado: «Por qué dejé la Iglesia católica, por Charles Davis».

Poco antes de Navidad había hecho pública su decisión de abandonar la Iglesia católica, y en este artículo —del cual se ha hecho eco toda la Prensa católica— contaba su proceso psicológico.

Este hombre de cuarenta y tres años era un teólogo de nombradía. Había enseñado durante dieciséis años en el colegio universitario de St. Edmond, y después en el teologado de los jesuitas en Heythrop. Dirigió, desde 1960, la *Revista del Clero*, y había publicado varios libros importantes —aunque escritos en sencillo lenguaje—, como el traducido al castellano con el nombre *El estudio de la Teología*. En la última semana de 1966 se vio en los escaparates su último libro católico —publicado con censura eclesial—, y titulado *La gracia de Dios en la historia*. Fue perito conciliar del Cardenal Heenan —un obispo moderado, pero práctico—; y por eso fue Davis un claro conocedor de toda la transformación que el Concilio ha traído al mundo católico.

¿Por qué, entonces, se ha salido de la Iglesia?

Algunos —ya lo he oído a esos obtusos hombres religiosos obsesos de lo sexual— han atribuido su defección al deseo de casarse con la católica miss Florence Henderson.

Pero el problema es más profundo que un simple deseo sexual insatisfecho. Aunque el día de mañana habría quizá que plantear para Occidente la posibilidad que existe en Oriente católico de sacerdotes casados. La ley del celibato para los clérigos latinos (los orientales no están obligados a ser solteros), aunque es muy adecuada para todo el que quiere dedicarse a la labor espiritual propia del clérigo, quizá no pueda ser exigida en el futuro a todos. Como decía el teólogo italiano Padre Spiazzi, O. P., poco antes del Concilio: «Se podría pensar que en ciertos lugares, y dentro de ciertos límites y condiciones, se pudiese incluso consagrar sacerdotes a hombres casados, especialmente a buenos padres de familia». De hecho, hoy existen en Europa unos 50 casos de pastores protestantes convertidos, ordenados como sacerdotes católicos, y que permanecen casados.

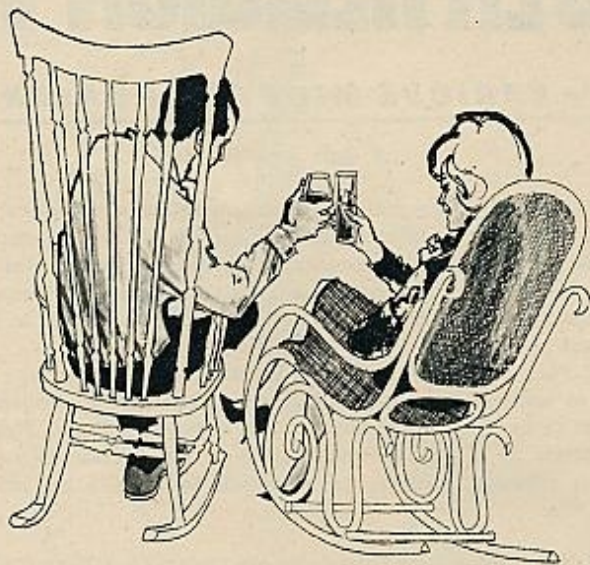
EL Padre Davis permanece cristiano, y no quiere entrar en ninguna otra Iglesia distinta de la católica, según ha confesado.

Pero su crisis debía hacernos meditar a los católicos para evitar cuanto antes los males que a él le han conducido a esta dolorosa decisión.

«Mi mente —afirma— estaba tan trabada e inhibida durante los últimos años que, aun intentando desesperadamente ser honrado conmigo mismo, no me centraba en mis más hondos pensamientos».

«La Iglesia católico-romana, como institución, ha adquirido, a través de su desarrollo histórico, unos factores políticos y sociales **SIGUE**

cuando hay
dos juntos...
¡es
"Espléndido"!



si uno es
bueno,
el otro
es
mejor...



Garvey
JEREZ

¡SOLO GARVEY SUPERA A GARVEY!

¿SE PIERDE LA RELIGION?

que sobrepasan mucho los datos que la Biblia aporta». Incluso le resulta imposible explicar el Papado, tal como hoy lo vemos, como «un desarrollo que sea necesariamente irreversible».

En realidad, cualquier teólogo perspicaz —sin necesidad de salirse de la Iglesia— podría afirmar sustancialmente lo mismo que Davis. Nadie cree —sobre todo después del Concilio— que el catolicismo sea un bloque inmovible. En él hay muchas cosas humanas que deben y tienen que cambiar. La mayoría de ellas, sin duda, son en nuestra Iglesia cosas contingentes que van, desgraciadamente, adhiriéndose a ella siglo tras siglo para dar al sencillo arbusto de mostaza —con el que la compara Cristo— un desarrollo excesivo y artificial.

«La Revelación —dice el prudente teólogo Schmaus— vale para todos los hombres; pero debe ser interpretada según la situación cultural y social de cada uno». Esa es la fuerza y, al mismo tiempo, la tentación del catolicismo: su facilidad para aceptar las cosas de los hombres de una época y con ellas expresar su mensaje religioso. Porque, si no las usa, se hace inasequible; pero si las exige en otra época posterior, los hombres pierden la fe, por este ropaje humano que no les dice ya nada. Por eso, «si el magisterio de la Iglesia —sigue diciendo Schmaus— no llevase a cabo esta función de adaptación sociológica, se haría responsable de la pérdida de la fe de nuestro tiempo». Querer mantener ideas y costumbres medievales, o incluso decimonónicas, no favorecen a la Iglesia, sino que sirven de piedra de escándalo.

La manera centralizadora como gobernaba hasta hoy el Papa, ayudándose de unas agobiadoras congregaciones romanas propias de otros tiempos; los usos litúrgicos de épocas con otra cultura; las costumbres legalistas de otros tiempos, son cosas que deseamos todos que desaparezcan, o se renueven. Como lo quiere Davis. Pero, no por eso, abandonamos la comunidad que está empeñada en ello —a pesar de los defectos que tiene—. Por el contrario, la amamos más, porque la vemos más necesitada de ayuda que si fuera completamente pura.

La falta de un clima de libre investigación, de una espontánea opinión pública; la angustia por la seguridad, manifestada por un neurótico afán de ortodoxia en algunos, o en un rígido sistema de prohibiciones, puede ciertamente llegar en algún caso a agobiar nuestra propia mente, y producir una crisis nerviosa, que necesite una liberación psíquica radical. Eso es lo que le ha pasado a Charles Davis: que ha necesitado un escape drástico la tensión interior, provocada por esta defectuosa falta de «aggiornamento» de las estructuras humanas —intelectuales y prácticas— de la Iglesia.

Pero hoy, precisamente hoy, no hay por qué abandonar la lucha cuando estamos todos empezando a disfrutar de un mayor clima de libertad eclesial, que comenzó en el Concilio, y cuando los obispos se permiten discutir públicamente entre ellos, y se les dice a los seglares que deben «esforzarse en el conocimiento y comprensión de la fe, y tienen derecho a preguntar, inquirir, aconsejar, suscitar dudas, hacer propuestas y manifestar deseos» (Schmaus). Hoy, que se ha descubierto que «no es tarea de la Iglesia juzgar y condenar, sino construir y ayudar» (Schmaus), no podemos evadirnos de nuestra responsabilidad con la comunidad de creyentes, quizá más débiles que nosotros, y que necesitan que continuemos la batalla, la santa batalla de mejorar estructuras, cuadros y conceptos.

Ya sabemos —igual que Davis— que a veces «la Iglesia no ha sido un ejemplo de relaciones humanas y de sentido comunitario»; pero queremos que lo sea, y para ello todos tenemos algo que hacer. Porque «todo bautizado debe preocuparse por todos» (Schmaus).

COMO dice el periodista católico italiano Juan Luis Degli Esposti: «Debemos sentirnos culpables del mal que Davis denuncia; pero no podemos condenar a Davis».

Tenemos que adoptar la ejemplar postura de su superior jerárquico, el Cardenal Heenan, diciendo con él que «de ninguna manera sabremos demostrarle mejor nuestra amistad, que pidiendo a Dios que lo guíe en todo lo que emprenda».

Sólo así —con auténtico deseo de reforma y con sincera comprensión de los demás— podremos superar esta crisis religiosa que ha comenzado —en estos años— por el alarmante síntoma de tantas «conversiones» al abandono de la Iglesia, y casi ninguna a ella.

E. M. M.